

Joaquín Araújo

# Hacia la coherencia

**Poco** es lo que cura, sana y restaña si no se ha comenzado por restablecer la salud del mayor foco de enfermedad conocido. Me refiero, claro está, al monólogo que acapara la dirección, no sólo del pensamiento, sino también la de lo que éste pretende que se convierta en actos ejecutados. Lo planificado desde la lejanía de los despachos a menudo convierte en cenizas realidades lejanas, sobre todo en materia ambiental. Si hace unas semanas, desde estas mismas páginas, reflexionábamos sobre los perfiles de la responsabilidad, nos cabe ahora aproximarnos a la excelente oportunidad que implica el que se evalúen también los impactos que para la biosfera tienen los planes, programas y proyectos de la generalidad de las políticas. Quiero al respecto recordar que una de las delicias que acompañan a la compasiva mirada de los pensadores ecológicos es que consideran que lo esencial de la ética es temer antes al propio poder que al de los demás. Por tanto, se trata de aceptar que la acción no sea ni anónima, ni irreversible, ni se desentienden, caso de tener alguna consecuencia, de la misma. Pues bien el que proyecta, programa o planea puede partir de ese temor a las consecuencias de lo que se propone. Que puede perfectamente tener en consideración si está del lado de lo limpio, vital, sosegante o todo lo contrario.

La coherencia de estos futuros empeños no puede quedar oculta, una vez más. Se trata de que reconozcamos, por fin, que toda pelea por la continuidad de la vida, es decir, ese compromiso entero que denominamos sostenibilidad, es una posición coherente porque se trata de acciones en defensa propia. Que si es consentida cuando incluye una respuesta a la violencia, todavía resulta más apropiada cuando rechaza, como hará este intento de normativa, esa grave irresponsabilidad que supone no querer saber de las consecuencias de nuestros programas.

Responder a la degradación y a la muerte, en defensa de la vida en su conjunto, es convertir al ser humano en el principal beneficiario. Que haya más y no menos calidad ambiental, por tanto más vida y más recursos en nuestro derredor, responde a una aplicación de la más elemental coherencia, esa que la sociedad nos demanda cada día más.

Consiste, también, en reforzar todos los planteamientos políticos relacionados con el medio ambiente. No sólo por estar dirigido a la base de todo lo que nos permite ser en la acción administrativa, sino también en la social. En consecuencia, sin posibilidad alguna de excluir o seleccionar. Poco quedará fuera de lo que bien podríamos denominar una planificación cuidadosa y respetuosa con los intereses de la ciudadanía.

Recordemos, por último, que nada tiene esta profundización de caprichosa, ni siquiera de novedosa, con suponer ciertamente uno de los planteamientos más ambiciosos en cuestiones ambientales. Llevamos casi 15 años planteando la necesidad de alcanzar esos objetivos. Sin olvidar, de paso, que pese a lo que se vislumbra en los medios de comunicación, que los ciudadanos europeos, como demuestra la encuesta del Eurobarómetro del 2004 le dan prioridad absoluta al medio ambiente como factor que influye en su calidad de vida. Es más, el 90 % de los encuestados consideran que deben seguirse criterios ecológicos a la hora de decidir cualquier cuestión económica. Pocas dudas caben sobre que los planes, proyectos y programas preceden a tales decisiones. Vamos, pues, por buen camino. 